

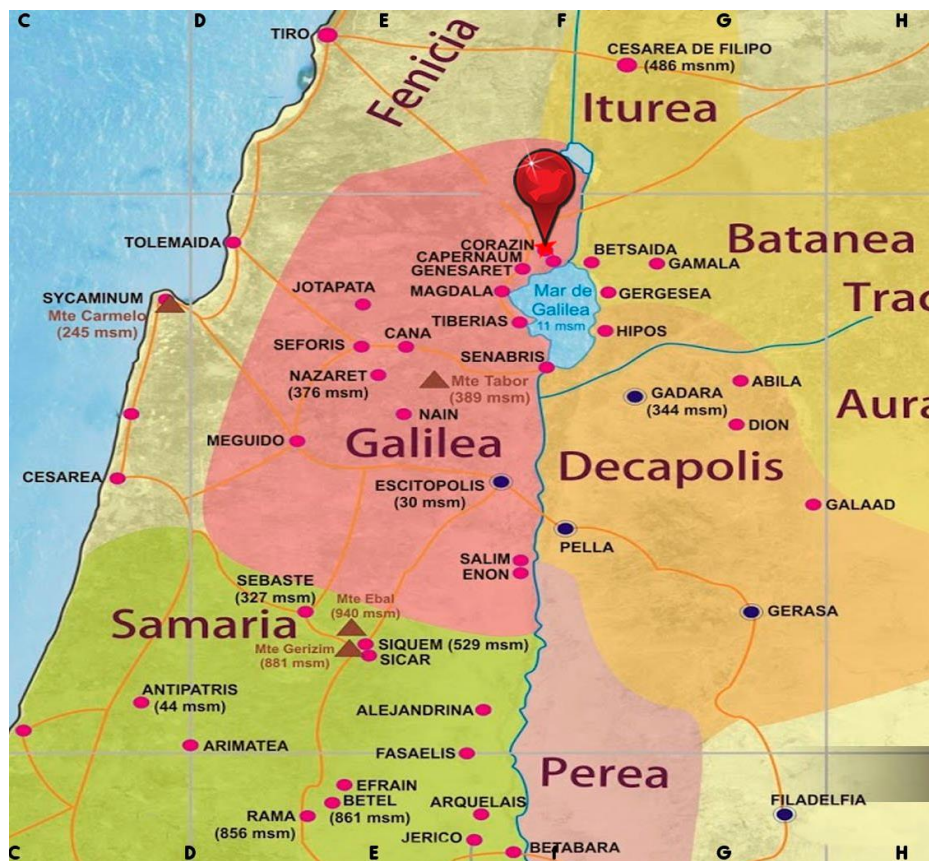


HOLY CROSS MONASTERY

A MONASTIC COMMUNITY OF THE RUSSIAN ORTHODOX CHURCH ABROAD

Tomado del monasterio de la Santa Cruz – ROCOR – EEUU.

En el evangelio de hoy leemos acerca de dos de los milagros de nuestro Señor Jesucristo, realizados mientras estaba en Cafárnaum, una ciudad poblada a orillas del mar de Galilea donde nuestro Salvador a menudo permanecía y habitó durante períodos de tiempo. Cafárnaum estaba situada en el cruce de importantes rutas comerciales. Dado que nuestro Señor pasó una cantidad significativa de tiempo allí predicando y haciendo milagros, podemos suponer que la palabra acerca de Su predicación y obras salió de Cafárnaum en varias direcciones.



Quizás los dos ciegos de este Evangelio escucharon de otros acerca del poder sanador del Dios-Hombre. Sin embargo, imaginen la lucha por la que debieron pasar para llegar a Cristo. Al no tener el privilegio de la vista física, deben haber requerido asistencia. Ir a cualquier parte por ellos requeriría trabajo y determinación. Pero finalmente se pusieron en contacto con Cristo - como dice el Evangelio, lo siguieron, algo que habría sido especialmente difícil para los ciegos- y gritaron para darse a conocer: "¡Hijo de David, ten piedad de nosotros! Con este grito reconocieron dos cosas; primero, el linaje real del Salvador, como se profetizó que el Mesías saldría de la Casa de David, y segundo, su creencia en el poder de Cristo para sanar su enfermedad.

Además, cuando se les preguntó acerca de su fe en la persona de Cristo, lo llamaron Señor. Aunque se les dijo que no difundieran la palabra de su curación, no pudieron reprimirse de gozo. Podemos imaginar que les habría costado explicar a sus seres cercanos que ahora tenían vista,

Después de esta curación de los ciegos, nuestro Señor procedió a expulsar un demonio de un poseso, un demonio que dejó al hombre incapaz de hablar. Esta vez, los fariseos estaban en el lugar, buscando una manera de reprochar al Salvador, ya que, aunque tenían vista física, eran espiritualmente ciegos.

Acusaron a Cristo de "expulsar demonios por medio del príncipe de los demonios". El beato Teofilacto, en su comentario sobre el Evangelio de Mateo, llama a esta declaración "el colmo de la estupidez".

¿No es esta la esencia de la ceguera espiritual? Hermanos y hermanas, algunos pueden tener miedo a la ceguera física, algo que puede provenir del nacimiento, de una enfermedad o lesión, pero ¿realmente tememos a la ceguera espiritual, que es algo mucho más dañino, un impedimento que puede durar hasta la eternidad y afectar nuestra vida? Vivimos en una época de ceguera espiritual. Cuando el hombre moderno habla constantemente de libertad, pero nunca de responsabilidad, ¿no es esto una ceguera espiritual? ¿De qué libertad habla, protesta? ¿No es la libertad de Dios, la libertad de pisotear su conciencia sin amenaza de castigo o responsabilidad?

Cuando el hombre moderno habla de la tolerancia como la virtud más alta, pero no puede tolerar la historia o la tradición o la conciencia de otro hombre, mucho menos la palabra de Dios, ¿no es esto una ceguera espiritual?

Cuando los “representantes” del hombre moderno, con pleno acceso a la atención de millones de otros hombres modernos espiritualmente ciegos gracias al fenómeno de los medios de comunicación, nos digan que deberíamos indignarnos por la potencial pérdida de vidas debido al cambio climático o ataques terroristas, pero apoyan plenamente la continua matanza de millones de niños inocentes en el útero, ¿No es esto ceguera espiritual? Cuando los mismos "representantes" llaman a todos en un día para conmemorar a las víctimas de encarnaciones pasadas del fascismo, y al día siguiente nos dicen que debemos apoyar varias otras formas contemporáneas de fascismo que en realidad están acumulando cadáveres en nuestro tiempo, ¿no es así?

La ceguera espiritual es ciertamente algo que hay que temer. La batalla contra la ceguera espiritual, de la que solo nuestro Salvador puede rescatarnos, comienza dentro de cada uno de nosotros.

Como monásticos sabemos que la ceguera espiritual comienza con la confianza en nuestra propia opinión y la confianza en nuestros propios pensamientos. San Ignacio Brianchanninov en sus obras ascéticas insiste mucho en que no debemos confiar en nuestros propios pensamientos o juicios, sino que debemos encontrar un fundamento firme en las Sagradas Escrituras, las obras de los Santos Padres y en nuestra relación con un Dios.

De esa manera esperamos ser liberados, poco a poco, de nuestra ceguera espiritual y sanados de esta enfermedad por la Gracia de nuestro Salvador. Si queremos conquistar la ceguera espiritual de nuestro tiempo, aunque sea de alguna manera, una persona a la vez, debemos comenzar por nosotros mismos y orar sinceramente a Dios para que nos libere y nos sane, clamando como los ciegos del Evangelio: “Hijo de David, ten piedad de nosotros; Señor, creemos que Tú puedes hacer esto ". Amén.

Otro texto del mismo monasterio

En la Epístola señalada para este domingo, escuchamos a San Pablo instruyéndonos en una verdad muy importante acerca de las Sagradas Escrituras: “Porque todo lo que se escribió antes, para nuestra enseñanza se escribió, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras tengamos esperanza”

Tal comprensión de las Escrituras es absolutamente fundamental para la vida cristiana: las Divinas Escrituras no son meramente historias sobre eventos que ocurrieron en la mitad del mundo hace muchos miles de años, ni son una colección de proposiciones abstractas e intelectuales sobre sistemas teológicos abstrusos. No, todo lo contrario: cada palabra escrita en las Escrituras tiene una relevancia directa e inmediata para cada alma humana. En efecto.

Sin embargo, el verdadero significado del dicho de San Pablo de que “nosotros, mediante la paciencia y la consolación de las Escrituras, podríamos tener esperanza”, solo puede comprenderse prestando atención a lo que acaba de exhortarnos a hacer en la frase anterior: “Nosotros, pues, los fuertes Debemos soportar las debilidades de los débiles y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo por su bien para la edificación. Porque ni siquiera Cristo se agradó a sí mismo; pero, como está escrito, los reproches de los que te reprochaban cayeron sobre mí”. En otras palabras, el consuelo y la esperanza de las Escrituras consisten precisamente en su llamada a la abnegación ascética y a la paciente y gozosa carga de los reproches, a imitación del amor radical y abnegado que Cristo nos muestra, nuestro verdadero Dios.

¡Qué contraste tan sorprendente es esto con la sabiduría del mundo y con las falsas y cómodas doctrinas del pseudocristianismo que vemos en todas partes a nuestro alrededor hoy! De hecho, el mundo moderno se puede resumir incluso como el esfuerzo sistemático para maximizar el placer y eliminar el reproche. Nada podría ser tan escandaloso para el mundo moderno como enseñar que el placer es dañino y que los reproches son necesarios. Sin embargo, ese es el mensaje del Evangelio. Ese es el camino de la Cruz. Y es precisamente a través de la Cruz que la alegría ha llegado a todo el mundo.

Porque a pesar de todos sus placeres, el mundo moderno conoce muy poco sobre la alegría. A pesar de todo su globalismo, multiculturalismo e interconexión tecnológica sin precedentes, la era moderna se define, sin embargo, precisamente por la soledad y el aislamiento. Cuanto más ha alcanzado el mundo el progreso y el éxito externos y obvios, más ha sufrido una decadencia y muerte ocultas e internas. Todo ha sucedido de acuerdo con la palabra segura y segura del Señor: “Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa y la del evangelio, la salvará”.

Esta es la única manera en que “nosotros, mediante la paciencia y la consolación de las Escrituras, podríamos tener esperanza”: entregando nuestra vida por amor a Cristo. Nuestro consuelo no está en los placeres vacíos de este mundo. Nuestra esperanza no está en los vanos deseos de este mundo. Nuestro consuelo es sufrir los sufrimientos de Cristo. Nuestra esperanza es morir la muerte de Cristo. Nuestro gozo es amar con el amor de Cristo, un amor que se despoja totalmente de sí mismo y que no retiene absolutamente nada.

Entonces, si nos encontramos sin consuelo, si nos falta paciencia, si no somos capaces de percibir nuestra esperanza, entonces hagámonos una pregunta simple: ¿me he esforzado realmente por servir a los demás o simplemente he estado complaciendo? ¿Yo mismo? Si nos sentimos deprimidos, secos o desamparados, preguntémonos: ¿he estado siguiendo el santo ejemplo de nuestro Señor Jesucristo y soportando con paciencia y alegría los reproches de los demás, o en cambio he estado siguiendo el ejemplo del mundo al desear? sólo honor, amor y alabanza, no importa lo poco que se merezca.

En el Evangelio señalado para este domingo, Cristo sana a dos ciegos y, en su divina humildad, les advierte que no hablen con nadie de este milagro. Luego sana a un hombre poseído por un demonio, solo para ser calumniado por los fariseos que lo acusan de lograr esto al estar aliado con Satanás. Así, el Salvador con su propia vida y ejemplo ilustra perfectamente la enseñanza dada en la Epístola de San Pablo: Él trabaja con paciencia y amor por el bien de los demás, evitando la alabanza y aceptando pacíficamente los reproches más viles e injustos. Entonces, los que queremos participar de su vida divina, participemos también de sus obras y, sobre todo, de su humildad.

Si solo comenzamos en esto, entonces el Señor no dejará de enviarnos rápidamente paciencia, consuelo y esperanza. Y nos daremos cuenta de la verdad declarada por el abad Nikon (Vorobiev): “cuando nos hayamos limpiado con el arrepentimiento, veremos que las desgracias que nos han enviado eran en realidad signos de la misericordia y el amor del Señor por nosotros. Y entenderemos que las necesitamos más que todas las cosas buenas del mundo”. A nuestro Dios sea todo honor y gloria, siempre, ahora y siempre y por los siglos de los siglos.